

LA MEDICINA EN EL 'DIARIO DE LOS LITERATOS' 1737-1742

En la recensión de un tratado de Virrey y Mange que defiende los ya derruidos baluartes de un sistema anticuado como el de los Ácidos y Alcalis, para explicar los fenómenos patológicos, se nota la indignación de los diaristas¹ hacia el autor, sobre todo porque aconseja prácticas supersticiosas. De esa crítica, por contraste, surge también, un tono esperanzado.

Ponderar la actividad y virtud de una cosa, con el conocimiento que obra a manera de brujería... es voluntario descuido de las obligaciones de Maestro y de Cristiano... Si nuestros españoles aplicasen la perspicacia y viveza de su ingenio al estudio de esta ciencia (matemática), y a la filosofía experimental (física), no tuviéramos necesidad de recurrir a los Maestros extranjeros. La Academia de Sevilla y Madrid, están entregadas a este género de estudios, con tanta felicidad, que nos prometen la total restauración del buen gusto, y los adelantamientos más importantes de la medicina...².

¹ Los nombres son bien conocidos, pues aparecen en el *Diario...*: Frco. Manuel de la Huerta y Vega, Juan Martínez Salafraña y Leopoldo Jerónimo Puig. Según algunos críticos, queda en pie el dilema de los colaboradores a pesar de la insistente afirmación de los editores de que no había otros sino ellos tres que pronto —a fines de 1737— se redujeron a dos, habiendo abandonado la redacción F. M. de la Huerta y Vega.

² «Tirocinio práctico, médico-galénico. Breve método de curar los enfermos por racionales indicaciones...» en el *Diario de los literatos de España*, T. II, Art. VI, págs. 156-158.

Desde ahora en adelante, se dará el tomo, y la página, en paréntesis.

NB. Al decir que Virrey y Mange sigue el sistema de los Ácidos y Alcalis, repito la opinión de los diaristas. Para un enjuiciamiento de este médico ver «La obra médica del Dr. Virrey y Mange» en *Médicos españoles* de Luis Granjel (Salamanca. Un. de Salamanca, 1967), pág. 223 y ss.

La aplicación de la desgastada metáfora del 'buen gusto' al programa revitalizador de las dos Academias me estimuló a adentrarme en las reseñas médicas del *Diario...* para investigar los nuevos componentes del plano real de esa metáfora, o sea, la actitud crítica y la experimentación, bajo el influjo de corrientes innovadoras. En el contexto de la época, el propósito moral, la búsqueda de la verdad, implícita en la metáfora, no es separable del proyecto de restauración.

Mi pesquisa empieza con una síntesis de las reseñas³ y de los principios y actitud que las informan. De ésta paso a un breve análisis de algunas de las obras reseñadas. En segundo lugar intento explorar la asimilación de los componentes arriba mencionados, en algunas obras contemporáneas del *Diario...* En el tercer apartado analizo el concepto que de la experimentación tenían los médicos españoles de esa época⁴. Cierro el estudio con un comentario sobre el tema de la medicina en dos continuaciones del *Diario...*

* * *

Por encima de la consideración de si era Martínez Salafranca o Leopoldo Jerónimo Puig, o los dos, u otro el recensor de los tratados médicos, la postura del que redacta las reseñas queda clara. Escasos son los juicios, no diría aprobatorios, sino condescendientes, sobre los escritos que no sean de los socios de la Regia Sociedad médica de Sevilla o de la matritense. Los juicios más vitriólicos van a la falta de observaciones directas, el más censurado entre los defectos del gusto, y a la refundición de trabajos ajenos. Éste es el caso de cierto Dr. Gutiérrez de los Ríos en el *Idioma de la naturaleza*, refundición de la *Piedra de toque* del Dr. Solano de Luque sobre la interpretación del pulso⁵. Le saca de quicios el libro jactancioso del

³ Analizo las reseñas más a fondo en otro trabajo: «Las reseñas de los tratados médicos en el *Diario de los literatos*». Actas del VI Congreso de la A.I.H. (Toronto, agosto, 1977): en prensa.

⁴ Ya me he acercado a este concepto en un trabajo que pretende estudiar el cambio ocurrido en la metáfora del 'buen gusto': «Intento de delineación del buen gusto en el *Diario de los literatos de España*», *Caravelle*, núm. 31 (Université de Toulouse-Le Mirail, 1978).

⁵ Ver la Carta VII, T. IV de las *Cartas eruditas* para un juicio entusiasta de Feijoo sobre esta obra. También A. Hermosilla Molina, *Cien años de medicina sevillana* (Sevilla, 1970), pág. 318, y Gregorio Marañón, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, BAE, T. CXLI, pág. LXIV, para un juicio divergente.

Dr. Gutiérrez que «pretende asegurar con razones y congruencias lo que debía alegar con casos y observaciones propias», «en cuatro de ellas solas contribuyera más a su establecimiento que en muy largos discursos». Desde este cortante juicio se lanza el recensor a una censura implícita de los 'galenistas', sinónimo de los reacios a nuevos conocimientos basados en la experimentación. Lo que Gutiérrez de los Ríos afirma con arrogancia y desafío que lo limite a un área más comprobable matemáticamente, le reprocha. No es preciso recurrir a gratuitas alabanzas implicando que muchos de los descubrimientos alcanzados en la época moderna, ya los indicaron Hipócrates, Galeno y Avicena.

Tampoco es necesario, ni aun justo decir, que Galeno enseñó su doctrina, y atribuir a sus Comentadores, que la han pervertido; pues en todas sus obras se conoce lo contrario, y que él la ignoró como ellos (T. II, pág. 189).

Los médicos y literatos del primer setecientos, sin que se diera cuenta la mayoría de ellos, intuían estos grandes nombres a un doble nivel. En el calor de los escritos polémicos, Hipócrates y Galeno se agigantaban adoptando el carácter de símbolo. Galeno (130-200 AD) = lo antiguo, lo reacio, lo oscurantista. Hipócrates (460-377 a.J.) = lo nuevo, lo experimental, lo orgánico. Pero en sus memorias y disertaciones los casos médicos descritos por estos padres de la medicina, codean con los propios, adoptando pleno carácter de contemporaneidad. Muchas veces me quedé defraudada al final de un párrafo, al darme cuenta de que el autor no estaba hablando de sus experiencias, sino de las de Galeno o de Hipócrates. Pero había también los que con espíritu crítico analizaban las obras de ambas autoridades comparándolas y preguntándose «si ciertas obras que corren con el nombre de Hipócrates, son supuestas o legítimas» (T. VII, pág. 225).

Se ha necesitado esa larga guerra de símbolos y de vivencias para despejar la atmósfera; la distancia de dos siglos y el investigar paciente de los historiadores de la medicina para poder apreciar el valor de esos nombres. De ese 'Corpus hippocraticum' cuya multiforme esencia apenas se empezaba a atisbar, algunos de los literatos-hombres de ciencia habían captado —aparte de las observaciones y aforismos por cuya demostración se desvelaban—⁶ unos principios fundamentales, un denominador común: la concepción de la naturaleza, 'physis' con sus mundos animal, vegetal y mineral. Dentro de la global, que incluye toda la naturaleza, se formulaba el significado más li-

⁶ Ver, por ejemplo, Gaspar Casal, *Historia natural y médica del Principado de Asturias* (Oviedo, 1959).

mitado de naturaleza individual. Sobre este fundamento común, los varios autores del C.H. comparten unos principios cuya herencia, fructificada por descubrimientos y nuevas técnicas, todavía disfrutamos.

1) El concepto de la medicina como técnica. 2) El intento de aislar el 'quid' de la enfermedad y del remedio. 3) El darse cabal cuenta de las limitaciones del arte del curar en la que el médico es mero 'servus naturae'. 4) El principio ético del empleo de la medicina para ayudar y no perjudicar. 5) La 'sensación del cuerpo' como criterio de certeza. 6) La conciencia de la dignidad profesional del médico⁷. No costará mucho esfuerzo notar la delineación de estos principios en los pasajes que se tratarán a continuación.

En cuanto a Galeno, no cabe duda que pocos entre sus detractores y propugnadores del setecientos tenían un conocimiento directo siquiera parcial de su voluminosa obra. La edición crítica de Kühn tiene veinticinco tomos que integran muchos campos: anatomía, fisiología, patología, teoría del pulso, higiene, dietética, farmacia, terapéutica, comentarios de Hipócrates, polémicas sobre medicina, filosofía médica, lógica y filosofía y filología⁸.

Consabido es, además, que la mayoría de las obras de Galeno en latín y en hebraico que se leían en la edad media, eran traducciones del árabe y no de los originales griegos. Dice G. Sarton que algunos textos hebraicos de Galeno son el resultado de un tortuoso camino: del griego al siríaco, del siríaco al arábigo, del arábigo al latín y del latín al hebraico⁹. Sólo en el siglo XVI se empezaron a traducir paulatinamente del griego al latín. Y sería interesante averiguar hasta qué punto se aprovechaban las ediciones limpias en las facultades médicas europeas.

En las palabras encarnizadas de los galenistas había una acre gota de verdad. Bastante de la entereza de esa obra monumental se había desconchado en el torcido camino de las traducciones, sin mencionar la tendenciosidad de los interpretadores que destacaban lo que más les servía y empuñaban u obliteraban lo que contradecía su punto de vista. También existía en los experimentos de Galeno el embrión del más importante descubrimien-

⁷ Estas líneas son un mero esquema de las claras páginas que el Dr. Laín Entralgo dedica al asunto. No pretenden resumir el desarrollo a que él somete los principios del C. H. Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática* (Madrid, 1970), pág. 15.

⁸ George Sarton, *Galen of Pergamon* (Lawrence, Kansas: Un. of Kansas Press, 1954), pág. 30.

⁹ *Ibid.*, pág. 90.

to del siglo XVII: la circulación de la sangre de Guillermo Harvey¹⁰, pasando por alto otras básicas contribuciones que constituyen el germen de ulteriores conocimientos. Lo malo de esa verdad era que los galenistas todos, y los Gutiérrez de los Ríos o los Medina y Campión contra los que se lanzaban los diaristas en particular, la empleaban refractariamente.

Además de un concienzudo resumen de los tratados reseñados, los diaristas lo concluyen siempre con un comentario sobre el estilo, fieles a los cánones de su época, que consideraba toda obra, cualquiera fuera el contenido, como materia literaria, expuesta a ser enjuiciada en la forma y en el fondo. Dentro del estilo hay que parar mientes en la cuestión del idioma, de la que surge todo un complejo de problemas, conflictos y soluciones también, conectadas con la enseñanza y el uso del latín y del castellano. Los designios y la práctica de los ilustrados operan en dos vertientes opuestas. Por una quieren desterrar de las aulas el latín para acabar de una vez con los conocimientos a medias de ambas lenguas. Y no se trata de emplear corrientemente los dos idiomas, sino de perfeccionarse en el español para abreviar largos años de estudios farragosos, inaplicables a asuntos urgentes¹¹.

El primer artículo del *Diario* en efecto se abre con una observación aprobatoria por haber sido Juan Bautista Berni el primer español en emprender una *Filosofía* en lengua vulgar. Pero no pasan por alto las traducciones chapurreadas del latín, ni admiten las disculpas que adelanta Virrey y Mange valiéndose del provecho que se brinda a un círculo de lectores más amplio.

Quedamos con el desconsuelo de no haber correspondido la ejecución a los deseos, deseándose más pureza en las voces, y más claridad en las expresiones... Están sembradas por toda la obra muchas voces cuya inteligencia la tenemos por más difícil que si fueran meramente latinas (T. II, pág. 160).

¹⁰ Traduzco un fragmento del *De motu Cordis* para ilustrar este aserto: «Así que los extractos de la obra de Galeno, reverenciado príncipe de los médicos, demuestra claramente que la sangre fluye desde las venas arteriosas (arterias) por los pulmones y en las finas ramificaciones de las venas debido a las pulsaciones del corazón y del movimiento de los pulmones y tórax.

William Harvey, *Movement of the Heart & Blood in Animals* (reimpresión y traducción de la *Exercitatio anatómica. De Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* (Francofurti. Sumptibus Guillielmi Fitzeri, 1628).

¹¹ Ejemplos entre muchos que se podrían espigar para ilustrar esta preocupación: Gregorio Mayáns y Siscar en el prólogo a la *Filosofía racional, natural, metafísica y moral* (Valencia 1736) de Juan Bautista Berni, pág. XIX, XX.

Más tarde G. M. de Jovellanos en el *Tratado teórico-práctico de enseñanza*, BAE, T. XLVI, pág. 237 y en el *Plan de Instrucción pública*, Ibid. pág. 271-2.

Por la otra vertiente se considera el latín como un vehículo de comunicación erudita para la que la mayoría de los autores españoles está incapacitada, según el prólogo censorio al tomo V.

Los extranjeros, por lo común están bien instruidos en los idiomas latino y griego, en la erudición antigua y moderna... por lo que no necesitan sus Diaristas censurar tan ásperamente como nosotros, que encontramos muchos libros sin estilo, sin método, sin invención, sin pensamiento, sin inteligencia de la lengua latina...

No todo es recriminación y queja, como lo manifiesta el despliegue de alabanzas a Diego Gaviria, Vicepresidente de la Regia Sociedad médica de Sevilla:

En toda esta Oración se ve con admiración y deleite la elegancia y energía de la floreciente Latinidad. La disposición, y colocación de las noticias, es tan artificiosa, que no se permite el resumen, sin desaire del que lo intente, y conocido agravio de su clarísimo Autor, en cuyo obsequio resolvemos, que pieza tan juiciosa, elegante y exquisita, se debe leer en el idioma que la publicó tan docto Maestro (T. II, pág. 206).

Aunque los diaristas no mencionen el latín como medio de reválida de un oficio despreciado, la cirugía, vale la pena subrayarlo porque es un momento de la medicina en el que la anatomía va avanzando a grandes pasos. Muchos de los cirujanos-barberos se instruyen y se gradúan de cirujanos romancistas. Otros que tienen fundamentos en latín, cirujanos latinistas, aspiran a doctorarse y siguen con la lengua clásica y otros estudios, llevando a cabo de modo insensible la unión de las dos Facultades de Medicina y de Cirugía, mucho antes de que tuviesen efectividad en las páginas de la Gaceta por la pragmática de 1799¹².

Las polémicas

A la crítica de los diaristas que se afila y exagera al tocar los puntos de vista de autores tardos en integrarse en las filas de los modernos, subyace el ambiente de tensión del que el *Diario...* es un consciente instrumento. De la controversia médica que estalla a raíz de la publicación del *Hipócrates defendido* (1708) de Miguel Marcelino Boix y Moliner, el *Diario...* recoge la última etapa. Hay que destacar que el Dr. Boix y Moliner pertenece a esa generación de médicos que en el último cuarto del seiscientos habían

¹² Alvarez-Sierra, *Historia de la medicina madrileña* (Madrid: Ed. universitaria europea, 1968), pág. 73.

contribuido a astillar el bloque del dogmatismo galénico. El libro que publica en 1708 a los sesenta y dos años es la síntesis de una larga práctica en la que había intentado revitalizar el método hipocrático. Su meta era persuadir a los médicos de lo perjudicial de la sangría, de la purga y del abusivo recetar en las enfermedades agudas. Persuadirles, al igual que los diaristas, de que tenían que basar sus conocimientos en la observación de la naturaleza.

Hernández Morejón le considera como a uno de los mejores comentadores de Hipócrates: «aunque en realidad no comentó sino dos o tres aforismos... lo hizo con tanta claridad, y vierte en sus escritos tan numerosas y saludables máximas que se le puede disimular lo humilde y desaliñado de su estilo y hasta lo bárbaro de su latín»¹³. Remite Hernández Morejón al lector al juicio del *Diario de los literatos*, en una nota a pie de página. En efecto la obra que reseña el *Diario...* no es la de Boix y Moliner —no directamente por lo menos— sino la de Montero de Espinosa, cuyo *El boixiano inexpugnable* (1738) reanuda la polémica intentando a la vez allanar las diferencias entre los reacios y los modernos, como se verá.

El *Diario...*, como de costumbre, ofrece un escrupuloso resumen de *El boixiano...* Sin embargo, cuando tropieza con el altercado entre los médicos Gilabert¹⁴ y Lloret sobre la validez de sus sendos métodos de curación a los que habían sometido, hacía años ya, a cierto religioso del Convento de Nuestra Señora de Atocha, no pueden reprimir un comentario irónico, puesto que el Maestro Muñoz había muerto de la enfermedad que provocó la disputa entre los dos médicos.

Raro modo de satisfacción, contentarse con alabar cada uno su conducta, convenciendo de ignorancia a su contrario, después de haber relajado al paciente a la inexorable jurisdicción de la muerte, y escribir en derecho después de haber perdido el pleito (T. VII, pág. 217).

Los escritos de ambos médicos, que tanto estruendo habían levantado en el ambiente madrileño, no les parecen inútiles, aunque sí condenan el mezclar asuntos de averiguación médica con los personales, defecto en el que

¹³ Antonio Hernández Morejón, *Historia bibliográfica de la Medicina española* (Madrid, 1850). Obra póstuma, reimpressa por la Johnson Corporation (New York y Londres, 1967), T. VI, pág. 373.

¹⁴ Al Dr. Vicente Gilabert, se le debe el impulso y la organización de los estudios anatómicos en la Corte. Ver Luis Granjel, «La enseñanza de la anatomía en centros no universitarios durante la primera mitad del siglo XVIII», en *Actas del I Congreso de Historia de la Medicina* (Madrid-Toledo, 1963), pág. 127.

había caído sobre todo Gilabert. Este era al fin y al cabo uno de esos médicos que formaban en la fila de los progresistas y el *Diario...* aprecia su «buen gusto en la elección de las opiniones, y no vulgar agudeza en los discursos...» Sin embargo, los diaristas tienen que intercalar un comentario que afirme una vez más su incondicionada adhesión al Dr. Martínez al que Gilabert había rebatido en otra ocasión y en ésta del Maestro Muñoz. Cabe recordar además que el litigio entre Gilabert y Lloret se imbrica, aunque con diferencias mucho más atenuadas, en cuanto a concepción médica, en la polémica que inicia la obra de Boix y Moliner, continuada y corroborada por Martín Martínez con su *Medicina scéptica*, libro que marca un nuevo hito en la misma línea de pensamiento crítico y abierto¹⁵.

El que el Boixiano, uno de los interlocutores que integran buena parte del libro de Montero de Espinosa, sea el portavoz del ya difunto Boix y Moliner, le permite al censor resumir las etapas de la controversia. El pasaje que cito a continuación da aún un más decidido contorno a la coherencia ideológica de los diaristas, al destacar la actuación del, en esa sazón, joven Martín Martínez, que escribe una crítica favorable a Boix y Moliner, incluida en el *Hipócrates aclarado* (1716) de éste:

...fue el primer rasgo con que este sabio dio a conocer al público su ingenio, su erudición, y elocuencia. Es obra digna de su pluma aun en años mayores de los que tenía cuando la escribió, y aunque mostró en ella los mayores esfuerzos de su agudeza, no pudo finalizar tan reñida disputa... (T. VII, pág. 232).

En efecto se presenta por segunda vez 'en la Palestra literaria' el Dr. Díaz, uno de los primeros contestatarios del Dr. Boix y Moliner, a principios de siglo: en aquel entonces, con su *Hipócrates desagaviado* y en 1719 con un *Hipócrates entendido*, al que los diaristas pican con un elogio agridulce. Alaban el mayor cuidado con el que ha redactado esta contestación, manejando la erudición antigua y moderna:

Nadie le puede negar, que la fecundidad de sutilezas escolásticas que resplandece en esta obra para defender su sentencia, es muy a propósito para descansar a un presidente en la cátedra, y dar luego a que el argumento se dilate, sin que se hieran gravemente los competidores (T. VII, pág. 232).

El hecho de que los contrincantes reboten como una pelota enloquecida el nombre de Hipócrates en sus títulos, modificándolos con adjetivos de in-

¹⁵ Luis Granjel, *Capítulos de la medicina española* (Salamanca: Un. de Salamanca, 1971), pág. 291 y ss.

tención aclaratoria indica que los reacios también querían situarse a la altura de los tiempos, pero sin despegarse de la secular interpretación galénica de algunos aforismos de Hipócrates, mientras que los modernos volvían a los textos originales en un intento de desentrañarlos de interpretaciones arbitrarias y dogmáticas.

Volviendo a *El boixiano*... los diaristas cierran la recensión encareciendo la utilidad de la obra cuyo estilo, no obstante, encuentran descuidado.

Es difícil determinar hasta qué punto se sitúan los diaristas en la línea conciliatoria de Montero de Espinosa en el asunto de las sangrías y de los purgantes, que no representaba del todo la de Boix y Moliner y de Martín Martínez. Ahora bien, el diálogo tiene la ventaja de deslindar las opiniones, y el autor que recurre a esta forma de escritura para amenizar el contenido y desenvolver argumentos distintos al propio, procura dar una apariencia de objetividad a la disputa. Por ejemplo, Montero de Espinosa, que se proyecta en el diálogo como el Desapasionado, no lo es tanto al defender la utilidad de las emisiones sanguíneas moderadas. El clima y la constitución de la gente requieren este 'nobilísimo auxilio'. Los españoles que han escrito en contra, o han querido corregir el abuso o

es señal, que han ejercitado más la pluma, que la práctica, y contra éstos, yo nunca disputaré; pues ya sé que con la pluma se puede defender cualquier disparate que le ocurra a cualquier escolástico.

Los que niegan en absoluto la utilidad «merecen más el nombre de cavilosos, preocupados, testarudos, y enemigos de la salud pública...»¹⁶. El Boixiano le tacha de los mismos defectos, pero el Desapasionado lo toma con mucha tranquilidad y escucha al otro, que refuerza su razonamiento citando al Padre Rodríguez:

se debe probar, que curaron precisamente por la sangría, con la facilidad que demostraron, que se curaron sin ella, o que no se curaron por ella los que llevan la contraria.

El Desapasionado es inamovible. A pesar del respeto que le merece el cisterciense, considera este esbozo de auténtico experimento como la clase de argumentos «que por probar demasiado, nada prueban»¹⁷. Pero lo importante es que ese esbozo destaca por su valor científico. Mientras que el parlamento del Desapasionado tiene el interés de potenciar, dentro de la disputa médica, un concepto muy difundido en la época, sobre todo debido al influjo del

¹⁶ Montero de Espinosa, *El Boixiano inexpugnable...* (Zaragoza, 1738), pág. 245.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 247.

médico inglés, Thomas Sydenham (1624-1689): el clima como factor constitutivo de la naturaleza de los habitantes de un país dado, el cual le afianza en la defensa de las evacuaciones sanguíneas en algunas enfermedades.

Parte integral de un proceso de renovación es vaciarlo en una terminología remozada y ágil. Se barren frases y expresiones que no conllevan su carga significativa. Varias páginas de *El boixiano inexpugnable* van dedicadas a las 'fiebres malignas', no como entidad patológica sino analizando el sentido de la frase al uso, o mejor dicho satirizándolo por medio de comentarios sarcásticos de médicos famosos. Sólo la ignorancia y la pereza del vulgo de los médicos ha hecho prosperar esta frase sin sentido científico bajo la que ocultan sus errores de método. La malignidad de la que tanto se valen en sus discursos 'post mortem' es una 'droga', 'una simiola engañadora' o 'franco privilegio de matar impunemente' puesto que con ella se zafan de la responsabilidad de estudiar las síntomas. Cuando no se sepa la causa, déjese que la naturaleza de la enfermedad corra su curso, en vez de exacerbarla con métodos atropellados que acaban con el paciente. Cualquier fiebre con complicaciones «al punto la rotulan con el arcanísimo concepto de malignidad: ya contentos como si hubieran descubierto la cuadratura del círculo, tienen licencia para ejecutar cuanto les ocurre». Al desgraciado acometido por el diagnóstico de 'malignidad' se le agarrocha «en el coto de la cama, se postra su inocente naturaleza que quizás no instigada, hubiera hecho maravillas a favor del enfermo: quedando éste, cual víctima inmolada a la pompa del Arte...»¹⁸.

* * *

Ya se ha puesto de relieve que la polémica sobre el uso interno y externo del agua natural hay que enmarcarla en este proceso renovador, del que una modalidad esencial es la simplificación de los medicamentos; o sea atajar el 'recetar tumultuario'¹⁹. Esta disputa de la utilidad y del perjuicio del agua natural asoma en el tomo IV del *Diario...* en forma de noticias bibliográficas de Sevilla y Granada, en donde los escritos salían a rachas impetuosas

¹⁸ Ibid., pág. 105.

¹⁹ *Opúsculos gallegos del siglo XVIII* por Araújo y Salgado, el P. Feijoo, el P. Sarmiento, Gómez de Bedoya y D. Fernando de Oxea... (Santiago de Compostela, 1961), pág. X-XI.

Véase también, Luis Granjel «Medicina española del siglo XVIII», *Actas del I Congreso de la Historia de la Medicina* (Madrid-Toledo, 1963), pág. 59.

por los años de 1735-1737²⁰. Pero hay que ir a principios de siglo (1708-1710) para encontrar el nacimiento de la tormenta. Hernández Morejón menciona un papel manuscrito *Remedio universal del agua natural medicinal* que circulaba por Andalucía prometiendo mares y morenas en la curación de toda clase de dolencias «sin más distinción de preceptos que el único de beber siempre más y más... y esto en las enfermedades agudas». Tanta fe estimuló en el vulgo y en los 'médicos indoctos' la doctrina del agua como remedio universal que se arruinaron muchos boticarios y cayó en desprecio la medicina y sus profesores²¹.

Una acogida tan amplia y entusiasta no puede sino hacer pensar en la pervivencia de lo fabuloso, de la constante creencia en una panacea. El empleo del agua natural debía de despertar el eco de antiguas leyendas sobre el poder rejuvenecedor de fuentes purísimas, ocultas y lejanas y he aquí que la fantasía se concretaba, según el decir de los médicos 'acuarios', en la realidad curativa de fuentes y manantiales en el ámbito o en las cercanías de aldeas, pueblos y ciudades. La situación desde la perspectiva de nuestros días no deja de tener una veta de ironía al ponderar que fue justamente el desvelo científico de unas cuantas mentes agudas y analíticas, en su insistencia en el estudio y observación de la naturaleza, el que está en la raíz de esta tendencia irracional por lo exagerada. Sin embargo, basta leer algunos de los escritos de médicos 'acuarios' para darse cuenta de la aparente lógica con la que encajaban la propiedad todo curativa del agua en el sistema iatromecánico o iatroquímico²². La confianza absoluta en el método que manifiestan algunos, como el famoso 'médico del agua', Vicente Pérez, según el cual, la cura debidamente administrada, nunca fallaba, suena a fanfarronería o falta de rigor en las observaciones a lo menos. No obstante, no se puede menos que pensar que las que parecían resoluciones benignas debidas al empleo del agua, lo eran hasta cierto punto, puesto que libraba a muchos de muerte segura precipitada por las frecuentes emisiones sanguíneas, purgantes y hacinamiento de recetas. El relativamente inocuo uso del agua daría a varios procesos patológicos sobre los que especulaban sin conocerlos a fondo, y empeorándolos, la oportunidad de que las defensas naturales del paciente los resolviese, justamente como los más sensatos entre los médicos insistían que se hiciese. Sin pretender enjuiciar el papel que 'con motivo de la última enfermedad de la Reina Doña María Bár-

²⁰ *Dairio...*, T. IV, Art. XX, pág. 376-378.

²¹ A. Hernández Morejón, *op. cit.*, T. VI, pág. 289-290.

²² Luis Granjel, *Capítulos de la medicina española*, *op. cit.*, pág. 331-332.

bara' escribió Vicente Pérez, hay que suscribir a los principios de higiene que le aconseja. Por los informes que le habían proporcionado los médicos de la Cámara Real —puesto que no le habían permitido acercarse a la soberana —y por lo que él había colegido de los que la atendían, llega a la conclusión de que siendo: «S.M. robusta, obesa, de bueno y abundante alimento... necesitaba de mayor ejercicio, dieta, y transpiración para sudar»²³. Y claro, más adelante insiste en que se aplique la

humetación... aplicada interna y externamente para sacar el calor perjudicial, refrigerarla, humedecerla...» y advierte «que no servirá usar del agua así como quiera; porque es preciso para el buen éxito tener experiencia y saber usarla...»²⁴.

La llamarada de entusiasmo por el poder curativo del agua abarca toda Europa. Con poca dificultad se podría reunir un nutrido cuerpo de esta clase de escritos. Sin mucho esfuerzo he tropezado con un ensayo de 1752 del médico novelista Tobías Smollett. Aunque lo dedica al uso externo del agua, no deja de encarecerla para el uso interno con una terminología que, traducida, suena muy familiar.

El agua pura es por cierto entre todas las bebidas la más saludable, ya que es la más apta para mezclarse con todos los jugos animales, facilitando así las diversas secreciones del cuerpo humano, suavizando la rigidez y oclusión de los vasos, causas inmediatas del envejecimiento; actúa en general de desobstruyente, diluyendo los fluídos; nunca opera de abrasivo en los sólidos, sino que los libra de toda adherencia nociva y obviamente contribuye a preservarlos tonificados y flexibles...²⁵.

En este asunto del agua resulta dudosa la postura del *Diario*... Lo único cierto es que dos de los médicos tenidos en gran estima por los diaristas, Francisco Fernández de Navarrete y José Ortiz Barroso entran en liza para combatir el 'extravagante e infausto' método²⁶.

²³ Vicente Pérez, «Papel que escribió... llamado comúnmente el Médico del Agua. Con motivo de la última enfermedad de la Reina Doña María Bárbara» en el *Semanario erudito que comprende varias obras críticas, morales, instructivas, políticas, históricas, satíricas, y jocosas de nuestros mejores autores antiguos y modernos*: dalas a luz D. Antonio Valladores de Sotomayor (Madrid, 1787-1791), T. 23, pág. 273.

²⁴ *Ibid.*, pág. 279.

²⁵ Tobías Smollett, *An Essay on the External Use of Water* (London, 1752). Edición, introducción y notas de Claude E. Jones, pág. 54.

²⁶ A. Hernández Morejón, *op. cit.*, T. VI, pág. 293 y 294.

El 'desorden'

La restauración del buen gusto implica un estado saludable y dinámico que se ha degradado estancándose. Aparte la reiterada censura de las 'escuelas', de la defensa ciega del aristotelismo, los diaristas no intentan un análisis crítico del pasado reciente. Están inmersos en un momento ansioso, ya que intentan nivelarlo con el presente de otros países. En el prólogo al Tomo V, en el que redefinen su postura y la razón de la crítica que tan mal les sentaba a los autores, se ve que consideran el decaimiento de las letras españolas como un fenómeno de lo que iba de siglo.

Si no trabajáramos en remediar este desorden, que es sólo de este siglo en España... desde luego nos retiráramos del empeño de escribir esta obra... sin exponernos a sufrir, y padecer la persecución de tantos émulos, que apenas acaba uno de saciar su ira, cuando sale otro con la misma furia a retar nuestra impaciencia.

El estudio de Olga Quiroz Martínez ha dejado una prueba de que hay que ir al último cuarto del siglo XVII para encontrar a los promotores de la actitud novadora y alerta que irá formando el clima de la ilustración. Dentro de la medicina, el Dr. López Piñero considera el año 1687 como clave del movimiento en el que descuellan los nombres del microscopista valenciano Crisóstomo Martínez que se traslada a París para estudiar anatomía, por la aún novísima técnica del microscopio. Diego Mateo Zapata 'todavía un joven reaccionario' llega a Madrid. José Luis Casalet publica sus *Proposiciones* contra la sangría. Mientras que el joven Juan de Cabriada publica su *Carta filosófica, médico-química* que tiene carácter de manifiesto para el historiador de la medicina. Pero es el *Discurso político y físico* (Madrid, 1679) del médico italiano Juan Bautista Juanini, en 'ruptura total y abierta con el galenismo' el que antecede y determina esos acontecimientos²⁷. A estos hombres ya les caracteriza la actitud científica, mobilizadora de toda investigación. Pero la maduración de un ambiente propicio a esta clase de mentalidad es un proceso lento y trabajoso que siempre tiene en la raíz alguna obra removedora y controversial. Hay que remontar al *Que nada se sabe* del ilustre médico-filósofo turulense Francisco Sánchez²⁸.

²⁷ José M.^o López Piñero, «Los comienzos en España de la medicina moderna y de la iatroquímica», en *Actas del I Congreso de Historia de la Medicina* (Madrid-Toledo, 1963).

²⁸ Darío Alvarez Blásquez, «Una protesta histórica contra el método de enseñanza de la medicina en Galicia en el siglo XVIII», en *Actas del I Congreso...*, op. cit., pág. 65.

Volviendo a la constatación de los diaristas de que el 'desorden', el decaimiento del buen gusto, era un rasgo de su tiempo, hay que compartirla por lo menos hasta cierto punto. Por ejemplo, la talla de investigador de un Crisóstomo Martínez, fascinado por la diversidad de los varios tejidos óseos que se le revelaban por los lentes del microscopio, y a la vez consciente del amplio margen de error en el que puede caer el técnico inexperto; tardará varios decenios en repetirse. En parte porque la inicial llamarada de entusiasmo y de intensa concentración en la microscopía, se apaga con los hombres mismos que la habían sentido. En parte porque la imperfección de los instrumentos y las apresuradas conclusiones de algunos observadores había creado un ambiente de desconfianza que a veces rechazaba por fantásticos, incluso vitales descubrimientos²⁹.

La *Carta filosófica...* de Juan de Cabriada impresiona por la vitalidad y la frescura de los principios que los diaristas tendrán que repetir agriamente medio siglo después.

El conocimiento de las cosas por sus causas, siempre ha sido el más fundamental y científico según buena Razón, y según la doctrina de Aristóteles. Que este (conocimiento) no se tiene sin la libertad en el filosofar, es indubitable... Ni se puede hallar sólo por dichos de otros, ni lección de libros (aunque éstos ayudan mucho)... pero sí por la razón y experiencia que son los dos seguros fundamentos de las ciencias naturales³⁰.

Hay que notar que este lenguaje ágil y moderno —incluso en el empleo del adjetivo 'científico', ya vigoroso en su significado— es una textura bien trabada de citas clásicas, de Padres de la Iglesia, y la última sobre la razón y experiencia, de un famoso contemporáneo suyo, Silvius (François de la Boe: 1614-1672). Se puede aducir este pasaje como un ejemplo de esa modalidad ecléctica, sapiente y sutil, de presentar lo nuevo bajo gualdrapa antigua para protegerse de la lluvia de recriminaciones, pero creo que muestra algo más. Es una lectura de los antiguos con ojos frescos y abiertos que leen como una revelación lo que la mayoría ha desgastado en la indolente veneración repetitiva. No se puede considerar como una estructura cautelosa ese traducir y asimilar de los clásicos al vernáculo, amalgamándolos

²⁹ M.^a Luz Terrada Ferrandis et als., «El interés hacia lo histológico en la medicina española del siglo XVIII», en *Actas del I Congreso...*, pág. 178 y ss. «La anatomía microscópica en España (siglo XVII y XVIII)», en *Cuadernos de Historia de la Medicina*, pág. 43-45.

³⁰ Juan de Cabriada, *Carta filosófica, médico-química. En que se demuestra que de los tiempos y experiencias se han aprendido los mejores remedios contra las enfermedades* (Madrid, 1686), pág. 12.

con los modernos, este libro de Juan de Cabriada, el cual es todo un arranque de energía y convencimiento, encauzado en un limpio estilo oratorio.

Y, ¡que haya de parecer delito en Madrid que los médicos mozos procuren adelantarse, y que sepan más que algunos que están llenos de canas! ¡Que haya de parecer delito que éstos inquietaran los secretos de la naturaleza, procurando anatomizarla así en lo vegetal, como en lo demás! ¡Que haya de parecer delito que en las Juntas discurren por caminos nuevos, fundando su dictamen en los modernos experimentos físicos, anatómicos y químicos! ...y que estos motivos absolutamente laudables y cordiales los han de convertir en veneno algunos de los oyentes para desacreditarnos. ¡O buen Dios! ³¹.

Cabriada, al igual que más tarde los diaristas, halla que la peor cortapisa para el adelantamiento de las ciencias, es el someterse a la autoridad de una secta o de un autor determinado. Y cita una carta muy clara y directa de Francesco Redi a este propósito ³². Tenía en este contemporáneo suyo un ejemplo de sensitivo lector de los clásicos. Al principio de su *Esperienze intorno agl'insetti* nos revela F. Redi que una lectura reflexiva del Canto XIX de la *Iliada*, le había hecho dudar: «si quizás todos los gusanos de la carne se engendraban de los huevos de las moscas y no de la misma carne podrida» ³³.

El Cabriada que se lanza contra la pereza y la obtusidad del refractario ambiente madrileño de sus días, se aúna vitalmente en afinidad de espíritu y proyectos a los grandes contemporáneos europeos que participaban en la misma lucha para derruir la resistencia a lo nuevo en sus respectivos países. Pero cuando los citan los autores de los tratados reseñados y cuando los diaristas mismos aluden a Harvey, Van Helmont, Redi, Malpighi y otros, estos nombres ya se tiñen de esa temible rémora, el entronamiento de la autoridad. Sin embargo, el reincidir casi obsesivo en la experimentación y el darse cuenta del riesgo que se corría de una nueva serie de ídolos, despeja lentamente la atmósfera 'desordenada' en la que lo nuevo de hacía medio siglo tenía que ganarse el terreno a fuerza corrosiva. Quizá sea este rasgo estilístico, la causticidad, el que por su insistencia jalone un exiguo paso adelante. El minar la paralizadora veneración de las autoridades, pues, no era tema novedoso. A raíz de la fundación de la RSM de Sevilla, su

³¹ Ibid., pág. 29-30.

³² Ibid., pág. 102-103.

³³ *Opere di Francesco Redi/Gentiluomo aretino ad accademico della Crusca* (Venezia, 1742), T. II, pág. 16.

primer presidente, el Dr. Zapata, celebra el que finalmente se haya fundado una academia médica

siendo necesaria la concurrencia de muchos muy doctos y expertos, cuya unión y correspondencia no se pare ociosamente en la veneración de los antiguos escritos (como si hubiesen de servir al respeto, y no al estudio)... sin que pueda ser suficiente la repetida lección de lo que otros observaron desayudados de modernas observaciones, y recientes experimentos, que con nuevo desvelo salen a luz cada día...³⁴.

Estas palabras de Diego Mateo Zapata junto a las de Cabriada y de sus contemporáneos más dinámicos destacan un elemento esencial del neo-clasicismo en asuntos médicos. Los clásicos no deben ser objeto de unción sino de un estudio analítico del que puedan germinar futuros descubrimientos.

Comentarios sobre algunas «Disertaciones...»

Por lo menos algunas de las *Disertaciones varias médicas teórico-prácticas...* de la RSM de Sevilla se merecen atención particular por ser su lema la experimentación y sobre todo porque los diaristas las brindan como ejemplares en propósitos y alcances. En cuanto a los resultados, para decirlo con las palabras del Dr. Marañón, «aunque fueran algunos meritísimos, en general no correspondía en eficacia su divisa»³⁵. Alguna brecha en el ambiente sí la iban haciendo, ampliada por los comentarios informativos del *Diario...* Esos adjetivos teórico, práctico, anatómico, quirúrgico que definían las disertaciones, iban respaldados por un programa que se realizaba en la sociedad. Por esos años Blas Beaumont hacía demostraciones anatómicas regularmente, asistido en la exposición teórica por varios miembros de la sociedad³⁶. Con el trabajo de Marcelo Iglesias sobre la nutrición, se va a entrar en el texto de algunas disertaciones, aunque someramente y con una reserva. Puesto que se ha destacado que el cuerpo fundamental de las experiencias citadas en las varias disertaciones y tratados, era la suma de los resultados de las investigaciones ajenas³⁷, surge la pregunta de cómo las aplicaban a sus argumentos. Sólo el intento de contestarla me meterá en lo

³⁴ Diego Mateo Zapata, *Crisis médica sobre el Antimonio y carta responsoria a la Regia Sociedad médica de Sevilla* (sin fecha), pág. 7.

³⁵ BAE, T. CXLI, pág. LXXXI.

³⁶ Luis Granjel, «La enseñanza de la anatomía en centros no universitarios», op. cit., pág. 127.

³⁷ «Intento de delineación del buen gusto...»

que puede tener cariz de impertinente enjuiciamiento, al introducir unos datos al alcance de cualquiera hoy día, pero los cuales estaban aún por aclarar cuando los discutía Marcelo Iglesias, cuya disertación valdrá de ejemplo de esta aplicación.

Por el exordio se ve que la resistencia a la disección de cadáveres debía ser aún tenaz. El quehacer anatómico tenía que ir de la mano de aclaraciones bíblicas y de datos de anatomía comparada. ¿Cuál es el verdadero significado de que el hombre fue creado a imagen de Dios?

...Esto me parece no tiene lugar cuando se toca la material mecánica composición del hombre, como acontece en anatómicas disecciones; pues el hombre en lo material es semejante al bruto y el bruto en nada puede asemejarse a Dios. Que el hombre y el bruto sean en lo material semejantes, lo acredita Baglivio en lo de *Fibrarum origine*... luego más alta y mucho más elevada es la similitud del hombre a Dios³⁸.

En la forma de organizar la materia de la disertación es reconocible la estructura de una actual lección de fisiología. Empieza con una somera morfología de la boca y glándulas salivares, describiendo la 'primera alteración' de los alimentos en la boca y dando como base experimental el análisis químico de la saliva hecho por Baglivi, Silvio y otros. Enmarca la quili-ficación en los dos sistemas corrientes en esta época: el iatromecánico, más antiguo y menos aceptado, de la trituración de los alimentos en el estómago; y el iatroquímico, de la fermentación, que se acerca a la fase química de la digestión según se entiende hoy día.

La parte más ágil es la referencia a una epidemia de 1709³⁹, en la que se puede seguir su razonamiento o el del Dr. Martínez, cuyos datos recopila, según nos dice el mismo Dr. Iglesias. Se pregunta cómo la mera degustación de un líquido puede reanimar casi de pronto a un individuo desmayado, ya que no se había encontrado un directo 'rorífero itinerario' al cerebro, aunque la razón y la experiencia indicasen que existía.

Bien a su costa lo experimentó este sevillano pueblo el año pasado de nueve... en la grande y funesta epidemia... Solían a manos del desmayo caer sin alientos por las calles; y a estos casi cadáveres socorría la sevillana

³⁸ *Disertaciones varias médicas, teórico-prácticas... y publicamente defendidas en la RSM de Sevilla* (Sevilla, 1736), T. I, pág. 21.

³⁹ Parece ser que fue una epidemia de 'fiebres malignas'. Respecto a su cualidad contagiosa hubo divergencia de pareceres. El Dr. Navarrete dice que perecieron en Granada (puesto que se extendió por la Andalucía) 30.000 personas y que duró hasta el año de 1711. Antonio Hernández Morejón, op. cit., T. VI, pág. 350.

piedad ya con bizcochos y vino, y ya con tazas de caldo. Cosa digna de admiración... a brevísimo tiempo volvían... ya con acciones, y ya con palabras; y si se examinaba el pulso, el que era antes deficiente, ya se mostraba algo brioso. ¿Iría este rorífero, restaurante cuerpo por el largo itinerario de las venas lácteas? Me parece que no...⁴⁰.

A continuación utiliza el argumento con los residuos galénicos de 'facultad vital' y 'facultad animal'. Por otra parte resume escrupulosamente un famoso experimento que Vieussens (1641-1716) había ejecutado para estudiar la textura y los ductos del interior del estómago. Una de las importantes conclusiones del experimento era que: «del estómago a los vasos de sangre hay comercio... no habiéndose encontrado algún otro camino, que pudiese conducir la húmedo-aquosa parte del quilo al cerebro...»⁴¹. Para que Marcelo Iglesias se explicase con la conclusión de Vieussens el rápido recobro de alientos en los desfallecidos de la epidemia, le faltaba la coincidencia del factor 'tiempo'. El pasaje del líquido nutritivo por la pared del estómago a la sangre y al cerebro tarda 'in vivo' unos segundos. En el experimento anatómico, según lo relata el mismo Dr. Iglesias, había tardado varias horas. Y aunque él se dé cabal cuenta de que las condiciones de un experimento sobre partes de cadáver no pueden ilustrar exactamente las funciones fisiológicas en el organismo vivo, no aplica este conocimiento al experimento de Vieussens sino que especula sobre 'caminos más cercanos al cerebro'. Es interesante notar cuán acertada hubiera sido su insistencia en 'caminos más cercanos al cerebro' de haber sido su observación de las víctimas de la epidemia más detallada y exacta. Entre esas gentes de todo habrá habido, toda gradación de desfallecimiento, desde los desmayados de veras, quienes antes de poder tragar unas cuantas gotas de cordial, habrán tenido que volver en sí, hasta los casos de desnutrición y hambre que se confundirían con los afectados de la enfermedad. Entre los debilitados y los hambrientos sí que habrá podido observar Marcelo Iglesias, una inmediata reacción a una taza de caldo o a un vaso de vino, puesto que la mera vista y el olor del alimento generan la secreción del jugo gástrico, como se sabe, por reflejo condicionado a través de la corteza cerebral⁴².

En la Disertación IV, químico-farmacéutica sobre la restitución de las propiedades eméticas (vomitivas) de los preparados antimoniales, de Joseph

⁴⁰. *Disertaciones varias...*, pág. 39.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 40.

⁴² Samson Wright's *Applied Physiology* (London: Oxford University Press), pág. 373.

Arcadio de Ortega, refresca la descripción de experimentos hechos por él mismo. El tono objetivo y seguro muestra una etapa ya avanzada en el conocimiento de las propiedades aligatorias de este metal, que tanta esperanza había alentado en los médicos del siglo XVII y principios del setecientos.

Antes de exponer los procedimientos, da los otros nombres del estibio, residuos de alquimia: «...Saturno de los filósofos, Magnesia saturnia, León rubio, Oriental león. Todos nombres enigmáticos, con que lo deminan los que se han soñado artifices de la piedra filosofal...». Luego menciona los depósitos más importantes. De los peninsulares, en Santa Cruz de Almedela, en La Mancha, dice «hay una mina selectísima... de donde he consumido mucho».

Aunque el antimonio era todavía un elemento esencial en la farmacopea europea, sobre todo como anti-venéreo, el entusiasmo por el metal había amainado bastante desde principios del siglo. Basta recordar la famosa carta a la RSM de Sevilla del Dr. Zapata, la de la *Crisis médica sobre el antimonio*, cuyo sarcasmo contra los reacios a aceptar el metal como medicamento, le hace prorrumpir en palabras que le harán rozar peligrosamente con la Inquisición. Palabras que al mismo tiempo revelan su fe en el poder curativo, casi de panacea del estibio.

A pesar de que la actitud de J. Arcadio de Ortega sea la del farmacéutico que conoce las limitaciones del medicamento, el hecho de presentar un nuevo método en la obtención de las propiedades eméticas del antimonio le pone a la defensiva: «¡Válgame Dios! ¡Cuántos errores se cometen y se defienden por temas fundados sólo en la confianza de algunas célebres autoridades!»⁴³.

En la bien organizada disertación XIII, sobre la extracción de la piedra de la vejiga, de Luis Montero, el párrafo que empieza:

Bien preparado el paciente por el médico y fortalecido con los Santos Sacramentos, y habiendo dado el pleno consentimiento, como asimismo sus parientes, si los tuviere, y el cirujano rogado por ellos, se pasa a suavizar la región hipogástrica...⁴⁴,

hace pensar al lector de hoy día en lo mucho que el paciente necesitaría esa fortaleza para someterse a una operación. No siempre por la falta de destreza del cirujano, sino por la falta de higiene que debía de prevalecer.

⁴³ *Disertaciones varias...*, pág. 108.

⁴⁴ *Disertaciones varias...*, pág. 332.

En muchos casos, quizás, el sentido común y cierta tendencia natural al aseo y cuidado de los instrumentos hacía que el cirujano los lavase con agua hirviendo. Puede que algunos conectasen las observaciones de 'insectos microscópicos' con la idea de 'algún fermento peregrino', o sea que empezase a cristalizar la idea de infección ⁴⁵.

Si el operar de D. Luis Montero, en la litotomía, correspondía a la concisión y orden de su escrito, es probable que muchos de sus pacientes salieran bien de la operación que él describe escrupulosamente en la cuarta parte de su lección, después de prevenir al público de la necesidad de un acto en «que la más rigurosa crueldad sea la mayor conmiseración». He aquí un ejemplo de su claridad descriptiva:

Se dispondrá en un cuarto algo capaz y claro, una mesa cuadrilonga o redonda, algo ancha y fuerte en cuyo medio se pondrá una media cama semiperpendicular, de suerte que puesto en ella el paciente, esté como sentado: el cuarto ha de tener algún abrigo a defensa del aire... Se prevendrá otra mesa pequeña para los instrumentos, que son una sonda canulada, o dos... ⁴⁶.

A pesar de que horroriza el que los «bizcochos y vino, un cordial confortante, y valerosos asistentes...» suplían lo que hoy se entiende por anestesia, las disertaciones más concisas e informativas son las anatómico-quirúrgicas en las que se refleja la destreza del cirujano.

La Disertación XIV que se va a considerar a continuación ilustra dos factores fundamentales en el progreso de la anatomía: primero el de la revalida de los barbero-cirujanos mediante estudios teórico-prácticos y del latín; segundo, el rol que los cirujanos de armada desempeñaban aportando a la medicina su gran riqueza de observaciones y práctica, sobre todo cuando sus conocimientos se hacían asequibles a los otros médicos, como en el caso de esta disertación ⁴⁷. Gaspar y Pellicer, el autor (de ésta) había tenido la suerte de asistir a Pedro Virgili según él mismo nos dice al relatar el caso de un joven aprendiz de marinero en el navío San Isidro. Parte de la disertación va dedicada a probar la existencia de fracturas cráneas por repercusión, asunto aún debatible en aquel entonces:

⁴⁵ Ibid., pág. 425.

⁴⁶ Ibid., pág. 333.

⁴⁷ El prestigio profesional se concreta con la fundación de los Colegios de Cirugía, como el de Cádiz en 1748 y el de Barcelona en 1764, creados bajo la dirección de Pedro Virgili, para formar científica y profesionalmente, a los cirujanos de la armada y del ejército respectivamente. Luis Granjel, «Anatomía española de la Ilustración», *Cuadernos de historia de la medicina* (Salamanca, 1963).

...habiendo recibido un golpe en la parte lateral derecha correspondiente a la inferior del parietal, y superior del petroso... entró en este Hospital en 18 de febrero de 1735... habiéndolo reconocido Don Pedro Virgilio (sic), y yo con toda exactitud... sólo se le observó una ligera contusión en la parte que recibió el golpe⁴⁸.

Viendo que el paje empeoraba, que sufría conmoción y letargo, dilataron el punto de la contusión para ver si la lesión era más profunda de lo que aparentaba. Le sangraron siete veces. Pero el muchacho falleció a los doce días.

Hecho escrutinio de su cráneo, como se acostumbra, se observó que estaba fracturado el parietal opuesto en su parte inferior... la monstruosidad de este caso nos obligó a averiguar, si había recibido segunda caída, o golpe...⁴⁹.

Todos aseguraron que no. Y Gaspar de Pellicer cierra el episodio con un aforismo de Hipócrates comprobado por el caso del joven Antonio Seco y otros cosechados de su propia experiencia y de la de otros.

* * *

No faltan ejemplos de independencia experimentadora entre los autores coetáneos del *Diario*...: desde la modesta *Medicina experimentada* de Ignacio Catalán (Madrid, 1745) hasta la más importante contribución española de la primera mitad del siglo, la investigación sobre «El mal de la rosa» de Gaspar Casal (1680-1759).

A pesar del saludable rechazo de toda autoridad antigua y moderna, la descripción de doce casos que hace I. Catalán, son sencillas anotaciones de los síntomas de cada uno, todos distintos. No hay ningún intento de asociar los síntomas de cualquiera de esos individuos con otros similares para adelantar algún dato concreto. Parte no obstante de un criterio válido y a él se atiene. Cada caso es distinto en sí:

Ninguno de éstos (lista de médicos famosos) puede votar sobre la presente enfermedad; porque sobre que ninguno ha visto a nuestro enfermo, no escribió de su particular dolencia, con las circunstancias individuales que le acompañan⁵⁰.

Con el nombre de Gaspar Casal se quiere destacar un ejemplo concreto de ese método de observación científica de la que tanto hablaban sus con-

⁴⁸ *Disertaciones varias*..., pág. 362..

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 363.

⁵⁰ Ignacio Catalán, *Medicina experimentada* (Madrid, 1745), pág. 40.

temporáneos y hacia cuyo aprendizaje el *Diario*... intentaba encauzar a sus compatriotas. He aquí un fragmento ejemplar de observaciones controladas que integran una 'experiencia' científica, cuya claridad expresiva refleja las despejadas ideas del autor.

Aunque los síntomas de esta enfermedad sean diversos y suficientemente terribles... ello no obstante su nombre vulgar proviene tan sólo de uno de ellos, y este síntoma consiste en una espantosa costra que, si recién salida no produce en la parte afectada más que rojez y aspereza, a la larga degenera en forma de costra muy seca, escabrosa, negruzca, entrecortada por frecuentes y profundas fisuras, que penetrando hasta la carne viva producen gran dolor, quemazón y molestia.

Para que esta costra maligna reciba el nombre de 'mal de la rosa' es condición tan precisa que se halle adherida a los metacarpos o metatarsos de manos y pies...⁵¹.

Desde hacía mucho tiempo, probablemente desde su nombramiento de médico de la Ciudad de Oviedo en 1720, había procurado 'ahondar en todos los síntomas' de la pelagra, pero convencido de que sólo los que padecían de esta enfermedad podían aclararle, en 1735 empezó sistemáticamente a poner en escrito todo lo que salía de los reconocimientos.

Respecto a la cura dietética, farmacéutica y quirúrgica... sólo puedo declarar lo que tengo adquirido por experiencia. He observado de manera constante que el cambio de alimentos por otros de substancia más grasa ha sido muy útil para la disminución de este mal... La leche que con su manteca, podría sin duda alguna, subsanar la magrez de los demás comestibles, muy raramente sirve de alimento a esas personas sin ser previamente desnatada, porque siendo pobres... separan la mantequilla del resto de la materia de la leche, y la venden, nutriéndose así, tan sólo con la substancia caseosa mezclada al suero⁵².

El Dr. Jaime Peyri comenta la exactitud descriptiva y topográfica de las lesiones cutáneas junto con los otros síntomas generales digestivos y nerviosos, y sobre todo la certera intuición de apuntar a la carencia alimenticia como factor etiológico principal de la enfermedad⁵³. Sólo desde principios de nuestro siglo, con los adelantos bioquímicos se ha podido añadir datos más precisos acerca de esa deficiencia nutricia, o sea falta de proteínas, y más específicamente, de las vitaminas del grupo B, sobre todo del ácido ni-

⁵¹ Gaspar Casal, *Mal de la rosa. Su historia. causa, casos, curación* (Barcelona: Tipografía de los laboratorios del Norte de España, 1936), pág. 17-19.

⁵² *Ibid.*, pág. 47.

⁵³ Ver entre los varios estudios sobre Gaspar Casal, el de Pedro Laín Entralgo, *Gaspar Casal y la medicina de su tiempo* (Oviedo, 1959).

cotínico⁵⁴. A pesar de que Casal hubiese formulado en escueto latín el cuerpo experimental sobre la pelagra por las fechas en que los diaristas se desvelaban en la restauración del buen gusto, su nombre no aparece en el *Diario*... En primer lugar porque su obra *Memorias de historia natural y médica de Asturias* se publica póstumamente en 1762. Y en segundo lugar porque Feijoo, que era quien más hubiera podido dar a conocer la ejemplaridad de las 'experiencias' de Casal, tal vez no captó el pleno alcance de ellas, pese a la gran estima y amistad que le unían a él⁵⁵.

Concepto de experiencia

Cabe a esta altura aclarar lo que los diaristas infieren con la frase «filosofía experimental», que ellos insistentemente conectan con la experimentación dentro del contexto médico. Sobre todo urge deslindar el significado de palabras como observación, experiencia, experimento según lo entendían y empleaban los médicos y literatos de ese período.

Hace muchos años ya que E. Cassirer ha señalado las *Reglas del filosofar* (1687) de Newton como el influjo que marca el nuevo rumbo que está forjando el pensamiento científico. El método de Newton no es el de la pura deducción, sino del análisis. No empieza planteándose ciertos principios generales y axiomas que, a través de inferencias, le preparan el terreno para el conocimiento particular: sino que parte de datos de la experiencia. Los axiomas, al contrario, llegan a ser la meta de la investigación⁵⁶. La formulación de conceptos científicos, pues, es a la vez analítica y sintética. La única manera de entender un fenómeno sencillo en apariencia, es descomponerlo, analizarlo en sus elementos para estudiarlos separadamente, y reconstruirlo. Se prestará el fenómeno a este método de estudio cuando se apliquen las matemáticas y el análisis matemático⁵⁷.

El método se imbrica lógicamente en la revitalización de la medicina hipocrática que insiste en el aislar la causa, el 'quid' de la enfermedad para poder aplicar, donde sea posible, el remedio apropiado.

No creo que sea preciso demostrar que los diaristas tenían un conoci-

⁵⁴ Samson Wright's *Applied Physiology*, op. cit., pág. 457.

⁵⁵ G. Marañón, BAE, T. CXLI, pág. LXXII.

⁵⁶ Ernest Cassirer, *The Philosophy of the Enlightenment*, octava impresión (Boston, 1966), pág. 8-9.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 11.

miento directo de las *Reglas del filosofar*. Lo que sí resulta claro es que habían captado la idea del método de investigación tan cabalmente como para adoptarlo de criterio en la crítica⁵⁸.

Paralelo y a la vez complementario seguía vigente el influjo de Cartesio. La tendencia a considerar las matemáticas como base de todas las ciencias y como método para alcanzarlas y aun para llegar a una sabiduría universal, se manifiesta en la afición a los sistemas y teorías que caracteriza la primera mitad del setecientos⁵⁹.

El célebre Boerhaave, en el Libro que escribió del método para aprender la Medicina, advierte la parte de Matemática que debe saber el médico, para instruirse mejor en la Facultad. Ninguno de estos autores, dice, sea necesaria esta ciencia para la práctica, pero todos encargan su estudio para la especulativa, y como sin ésta no se puede adquirir perfectamente aquélla, es forzoso decir, contribuye mucho para formar un médico bien instruido, y con mayores luces que los vulgares (T. II, pág. 157).

Uno de los tratados médicos que los diaristas recensionan con agrado, traduciendo del latín los puntos clave, es el del Dr. J. Arnau. Este libro al igual que otros de la época, encaja en el sistema iatromecánico en el que todos los procesos fisiológicos van considerados como rigurosas consecuencias de las leyes físicas. La afiliación de Arnau a Baglivi se nota en la atención que presta a la estructura y función de la fibra en el cuerpo viviente⁶⁰.

Después del esmerado resumen alaban la obra sobre todo porque en el primer tomo se integra un compendio de la física moderna,

(...conforme en lo más, al sistema de Cartesio) que puede suplir el ningún comercio que se hace en nuestras escuelas de la filosofía experimental, tan necesaria al estudio de la medicina, y la corta abundancia de libros que tratan de ella... (T. V, pág. 190).

⁵⁸ Entre las noticias que dan de las publicaciones extranjeras, al final de cada tomo se pueden espigar las siguientes: de Ginebra anuncian una nueva edición de los *Principios matemáticos de la filosofía natural de Newton*; de Francia, la publicación de una *Historia general de las enfermedades* «en que por principios de Anatomía, Física y Matemáticas, se da razón de todas las alteraciones y desórdenes que pueden acontecer al cuerpo humano...». Tomo IV, Art. XXI, pág. 382-383.

⁵⁹ Cassirer, op. cit., pág. 13-15.

⁶⁰ Dentro del marco de la medicina española, las aportaciones de J. Arnau acerca del funcionamiento de las varias fibras en la contracción de los músculos, supera incluso las de Piquer; sobre todo por las observaciones microscópicas.

M.^a Luz Terrada Ferrandis, «La anatomía microscópica en España (siglo XVII y XVIII)», *Cuadernos de Historia de la Medicina española*, X (Salamanca, 1969), pág. 31.

Esta concomitancia de influjos detectable en el *Diario...* es el reflejo de una tendencia generalizada en toda la Europa de la Ilustración⁶¹. En las universidades inglesas mismas, muchos años después de la publicación de los *Principios matemáticos...* de Newton, se seguía explicando a Cartesio según la interpretación del físico Rohault, concurrentemente con la física newtoniana facilitada por las apostillas del físico Clarke. Todo ello sin una controversia abierta entre las dos facciones⁶².

El deslinde entre el método cartesiano que partía en su explicación del universo, desde un principio teórico expresado con fórmulas matemáticas, y el newtoniano en el que el fenómeno observado y reducido a una fórmula matemática, es el punto de formulación de un principio teórico a investigar, no resultaba fácilmente asequible, como lo muestra T. Hankins en el caso de Jean D'Alembert. El famoso matemático francés estaba convencido de que su *Discours préliminaire* a la *Enciclopedia* (1755) manifestaba la asimilación de los *Principios matemáticos...* de Newton, pero esa convicción no rige un análisis riguroso: el *Discours...* es fundamentalmente un escrito de sello cartesiano a pesar de la insistencia en la experimentación⁶³.

De lo que antecede resulta palmario que el método experimental aplicado a la física debía, por analogía, aplicarse también a la medicina para llegar a la etiología de una dada enfermedad. No hay casi ninguno de los médicos que los diaristas mencionan y otros cuyos tratados he leído u hojeado, que no hablen de observaciones y experiencias, pero es evidente, como ya lo era para ellos y para otros contemporáneos suyos más esclarecidos, que la mayoría de los médicos no había captado el significado de ese método o que por lo menos les faltaba tesón y acumen para ponerlo en práctica. La insistencia en la prueba de un cuerpo nutrido y constante de observaciones que se reduce a un tipo de experiencia, nos la da Gaspar Casal en su exacta descripción clínica de la pelagra y la hipótesis correcta de que era debida a una carencia alimenticia concreta. En efecto toda la *Historia natural y médica del principado de Asturias* dentro del ámbito de la medicina del die-

⁶¹ En el caso del *Diario...* ver el trabajo de J. Ruiz Veintemilla, «El Diario de los literatos de España y sus modelos» (*Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII*, n.º 4-5, 1977, págs. 71-86).

⁶² Isaac Newton, *Mathematical Principles of Natural Philosophy and his System of the World*: The translation revised and supplied with an introduction by Florian Cajori. (Berkeley: Un. of California Press, 1946), pág. 631.

⁶³ Thomas Hankins, *Jean D'Alembert, Science and the Enlightenment* (Oxford: Clarendon Press, 1970).

ciocho español, es una clara evidencia de la aplicación de este método y de un lenguaje adecuado para expresarlo.

Con un propósito didáctico y con el deseo de dar una definición que no deje resquicios para ambigüedades, he aquí la del Dr. Andrés Piquer.

Tengo pues por suma necesidad negar aquélla que consta por racional experiencia. Y cuando veo que algunos lo hacen no puedo atribuirlo sino a que no distinguen la experiencia de los experimentos. El experimento es el hecho que observamos con los sentidos: en el examen de éste puede haber engaño: la experiencia es el conocimiento racional que tenemos de una cosa por repetidos experimentos. De aquí se sigue que con dos o tres experimentos no siempre hay experiencia, es menester a veces hacer muchos, repetirlos en distintas ocasiones, y lugares, combinarlos, y asegurarse de los sucesos y después de todas estas averiguaciones se logra aquel conocimiento que llamamos *experiencia* (lo subrayado pertenece al texto). Esta si es racional es certísima, porque si es racional se funda en experimentos hechos con toda exactitud⁶⁴.

Andrés Piquer tenía, como se ve, una idea muy clara de la experiencia científica y en qué consistía, aunque no la interpretaba como un legado metodológico de Newton, a quien no consideraba como al filósofo experimental (físico) que había llevado el método inductivo a su máximo alcance, sino como a un ideador de sistemas.

Los sistemáticos forman en la imaginación una idea, o un dibujo de las principales partes del Mundo, de su trabazón y correspondencia recíproca; y mirando después aquella idea que a veces es puramente voluntaria, como principio y fundamento de su Filosofía, intentan, según ella, satisfacer cuanto ocurre en todo el Universo. Esto han hecho Cartesio y Newton. Los experimentales trabajan en recoger muchos experimentos, los combinan entre sí y los hacen servir de base para sus razonamientos. Así tratan de las cosas físicas Roberto Boyle, Boerhave y otros muchos filósofos de estos tiempos⁶⁵.

Esta cita revela además, que la divulgación de los principios experimentales de Newton —al igual que ocurre siempre con todo cuerpo denso de conocimientos— se operaba por trámite de intérpretes, comentadores y los que habían empleado el método a un área más circunscrita. En fin tenemos en

⁶⁴ Andrés Piquer, *Lógica* (Valencia, 1747). En la edición de 1771, ampliada, repite esta importante definición.

⁶⁵ Andrés Piquer, *Física moderna racional y experimental*, tercera edición (sin fecha), pág. 7.

el período que nos concierne, el newtonianismo⁶⁶, como en el pasado el aristotelismo, sin mencionar a manera de ejemplo, las tendencias que exhibimos hoy día, frecuentemente sin conocimiento directo de los que las originan.

La insistencia y ahínco en la observación de la naturaleza informa la *Física...* de A. Piquer al extremo de que Gregorio Mayáns y Siscar se ve en la obligación de prevenir a su amigo del peligro de ser tachado de materialista⁶⁷.

Limitando otra vez la visión a la medicina, pienso aún que la anatomía es la parte de la medicina que nos da un índice práctico —también en términos de grados de asimilación— que de la 'experiencia' tenían los científicos y los literatos de ese tiempo⁶⁸. Los diaristas manifiestan un verdadero entusiasmo por los estudios anatómicos. De su adhesión a la obra de Martín Martínez y a las de los socios de las dos academias médicas; del amplio uso que hacen de 'observaciones' y 'experiencias' en su léxico crítico, se deduce que captan el concepto de experiencia según lo expresa el Dr. Piquer. Sin embargo hay que acentuar una vez más que al hablar de las 'experiencias' de un autor dado, incluyen las por él compendiadas y asimiladas a través de lecturas, referencias en fin, que ellos asesoran como válido cuerpo experimental.

Choques de 'experiencias'

En este clima compendiador, pues, hay que enmarcar la *Filosofía racional, natural, metafísica y moral* (Valencia, 1736) de J. B. Berni, la primera obra que pasa por el fuego censorio del *Diario...* Lo ecléctico de este libro ya lo ha puesto de relieve Gregorio Mayáns y Siscar que lo prologa, al igual que estudios más recientes. Hay también unanimidad en considerarlo como obra de desbrozamiento, para abordar temas usualmente relegados al latín⁶⁹.

⁶⁶ Paolo Casini, «Le Newtonianisme» en *Dix-Huitième Siècle* Revue annuelle publiée par la Société française d'Études du XVIII Siècle (París, 1969), pág. 139.

⁶⁷ Gregorio Mayáns y Siscar, *Epistolario: I Mayáns y los médicos*. Transcripción, notas y estudio preliminar del V. Peset (Valencia, 1972), pág. 147 y ss.

⁶⁸ Ver mi «Hacia una delineación del buen gusto...»

⁶⁹ Olga Quiroz Martínez, *La introducción de la filosofía moderna en España. Un estudio del eclecticismo en el siglo XVIII* (Ciudad de México: Colegio de México, 1949), pág. 19 y ss.

Aun treinta años después se daba esta justificación para otorgar al hermano de J. B. Berni, la licencia para reimprimirla ⁷⁰.

Reanudando el tema de la 'experiencia' con la concisa *Filosofía racional...* de Berni, se perfila a través de toda ella, y más claramente en algunos pasajes, una explicación de los choques de experiencias en los que se debatían los contrincantes de cualquier factor controversial.

Quien se engaña es la mente, creyendo cada uno que la naturaleza obra por la razón que a su capricho se le ajusta. Busque cada uno desapasionadamente la causa legítima antes de elegir opinión y estará su mente más lejos de engañarle. Pero determinar una opinión, y después buscar apoyo en las experiencias, es sólo buscar apariencias, querer que la naturaleza siga sus pensamientos ⁷¹.

J. B. Berni se había percatado de lo que aquejaba los razonamientos de tanto médico de ambas 'sectas' de los refractarios y de los novadores. Por una parte el abuso de la palabra 'experiencia' en los escritos polémicos; por otra la incompleta asimilación del significado de ésta. También de la palabra 'razón' que no reflejaba el uso de ella, sino una forma de la antigua dolencia del raciocinar y forzado encajar de los fenómenos naturales —sin entender, ni querer entender, su causa— en los angostos surcos de la opinión.

He aquí un pasaje que ejemplifica el dilema creado por el choque de experiencias, a propósito de una de las más enconadas controversias de la historia de la medicina, la sangría, que había vivido sus primeros borrascosos capítulos con Galeno mismo, en sus tiempos.

Alegan los empíricos, zánganos de la Medicina, la observación y experiencia, fundamento harto débil, porque todos protegen con ésta su opinión... Todos los seguaces de Galeno, sangran ciegamente en toda calentura; patrocinan también con la observación esta práctica... ¿Qué partido tomará el médico cuando naufraga en el piélago de encontradas sentencias? Lee en unos que en tal enfermedad y en tales circunstancias debe sangrar. Lee en otros, que en esta misma es perniciosa la sangría. Todos atestiguan con la experiencia. ¿Cómo pesará la probabilidad de una y otra sentencia, si no la ilustra la razón? ⁷².

⁷⁰ AHN Consejos, Leg. 51638 # 14. «...y aunque está algo diminuta en muchas partes, en algo poco exacta, y en otras superficial; juzgo sin embargo, que por estar escrita en lengua vulgar más para curiosos que para profesores, y por no contener cosa que no puedan leer todos, antes bien muchas que serán de utilidad y provecho, merece la licencia para reimprimirse que solicita». Madrid, enero de 1778.

⁷¹ *Filosofía racional...*, pág. 47-48.

⁷² *Medicina palpable y escuela de la naturaleza, donde se franquean importantes doctrinas y seguras reglas para el más recto uso de la sangría, ajustada a las inviolables*

Con toda la razón a cuestas se enzarza la mayoría en una maraña sin salida, aunque haya resquicios de luz en la maleza.

Roderico, el portavoz del Dr. Miguel Rodríguez en el diálogo que integra la *Medicina palpable* (1743), defiende con contadas reservas la sangría, estribándose en el razonamiento de que hay que imitar la naturaleza.

La *Medicina palpable* era una contestación polémica a la *Palestra crítico-médica* del monje José Antonio Rodríguez, publicada en 1734. En el Discurso VI 'sobre humores y sangrías', el monje había usado el mismo argumento de la emisión natural para combatir la sangría. Más culto y al corriente de los tratados médicos de la segunda mitad del seiscientos ni siquiera aduce los crasos ejemplos de los que se valdrá el Dr. Miguel Rodríguez, nueve años después, implicando que los médicos deberían estar enterados de la función de esos fenómenos. Las referencias del monje eran demasiado sutiles y a la vez controversiales porque implicaban un concepto matemático.

Sartorio (1561-1636) hizo demostración, de que se expelía más por la transpiración en un día, que por los conductos mayores y sensibles en ocho. Y que de ocho partes de alimento y bebida, las cinco se expelían por los poros insensibles. Ve aquí el verdadero y mayor esguace, aunque encubierto. Adelantó Leeuwenhoek (1632-1723) la observación, quitando la aparente duda que quedaba... y asegura que es tanta la multitud de poros en el cutis, que pueden computarse 125.000 en cada espacio respectivo a un grano regular de arena⁷³.

En ese 'esguace' había que imitar la naturaleza y no en las emisiones de sangre cuya causa era bien distinta. Pero era un arar en el mar. A Miguel Rodríguez no se le ocurre reflexionar sobre esos datos a pesar de que conteste el tratado del monje justamente sobre ese punto.

Aunque los diaristas no recensionan ninguna disertación del Dr. Miguel Rodríguez —su más importante tratado, la *Medicina palpable*, sale cuando el *Diario*... ya no operaba— vale la pena detenerse en su obra. Esta junto a otras, ayuda a precisar el proceso de asimilación que los diaristas procura-

leyes del movimiento, con cuatro problemas fisico-médicos y una disertación mecánico-médica contra lo que establece el M.R.P.D. Antonio Joseph Rodríguez en el cuarto tomo de su «Palestra»... su autor el Dr. D. Miguel Rodríguez... (Madrid, 1743), 'Aprobación' del Dr. Miguel Campillo. Pero la misma duda la expresa Feijoo, aunque no lo haga en este tono. Véase el T. CXLI de la BAE, pág. 249.

⁷³ *Palestra crítico-médica en que se trata introducir la verdadera medicina, y desalojar la tirana intrusa del reino de la naturaleza (Pamplona, 1734), pág. 77.*

ban acelerar, y a conocer a los individuos que lo llevaban a cabo, cada cual a su aire y dentro de sus capacidades.

A Miguel Rodríguez se le consideraba como a uno de los 'modernos'. Había sido recomendado por José Cervi como médico de cámara de Felipe V y era encima, académico de la Real Academia médica matritense. Tenía fama de elocuente y sabio⁷⁴. El lector de hoy día que se adentra en la *Medicina palpable* va de sorpresa en sorpresa. Tiene aquélla distintivos rasgos de obra de transición. Entre varias 'aprobaciones' lisonjeadoras, destaca la exagerada de Torres Villarreal. Y en comparación con éstas, el 'prólogo al lector' del mismo Miguel Rodríguez parece un modelo de sensatez y sentido crítico:

...Para saber y adelantar en cualquier facultad es necesario, supuesto el ingenio, mucho estudio; y los holgazanes estudian poco. Para saber es indispensable desembarazo, y libertad en el ánimo... Para saber es preciso dudar mucho...⁷⁵.

Los parlamentos de la *Medicina palpable* se desenvuelven con claridad y soltura, pero da escalofríos pensar que con todo ese equilibrio discursivo, sangraba en casos de angina, erisipelas y pleuresía⁷⁶. Y no parece verdad que sea el mismo Miguel Rodríguez el que profesa con tanto ahínco la duda y ensalza el estudio mientras pasa por alto los datos que más habrían debido interesarle y hacerle reflexionar. Es uno de esos médicos 'no ignorantes de anatomía' —de los que habla Feijoo— que persisten tozudos en las viejas prácticas. Representa, pues, ese sector de los 'modernos' cuyo sentido crítico se limita a la expresión lúcida. En la vida profesional, la incompleta asimilación de conocimientos anatómicos y fisiológicos se resuelve en justificar con terminología moderna, las prácticas al uso.

La medicina en dos continuaciones del 'Diario de los literatos'

Apuros financieros y disgustos debidos a los constantes roces de los diaristas con los recalcitrantes a su crítica, cortan la ilustradora actividad⁷⁷. Entre los varios conatos de continuación dos destacan por el tema que nos

⁷⁴ Según los datos que nos proporciona el Dr. Ignacio Catalán, op. cit. (Nota 50), pág. 65-66.

⁷⁵ Miguel Rodríguez, op. cit., prólogo.

⁷⁶ Ibid., pág. 134-135.

⁷⁷ Jesús Castañón Díaz, *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII (1700-1750)* (Madrid: Taurus, 1973), pág. 67 y ss.

interesa: la *Resurrección del Diario* y la *Aduana crítica*⁷⁸. Poco atractivo tiene el toque chapucero del título completo de la primera, cuyo número inicial es una arenga algo arrogante a todos los potenciales escritores en las varias disciplinas. Bajo la rúbrica 'anatomía' se lee una exhortación impaciente de la que no se escapa ningún cuerpo ni academia.

Ya se sabe hasta dónde han llegado los descubrimientos. Menos libros, y más sucesos. Meditar más y copiar menos. Campo dilatado tienen Vmds. en que descubrir preciosos tesoros, cavando con más profundidad en la textura del hombre. Sobre cualquiera partecilla de ella que se discurra con novedad, y se afiance después el experimento; será su Autor colocado dignamente en el Templo de los Héroes. Manos, pues a la obra de las Anatomías...

La *Aduana crítica* es otra cosa y no sorprende que dedique tres largos números a dos importantes trabajos del Dr. Andrés Piquer. El número XVII extracta el *Tratado de las calenturas* (1751), mientras que el XVIII entabla una discusión sobre puntos controversiales del mismo. El número XXII del tomo tercero y último va dedicado a la *Aplicación de la filosofía a los asuntos de Religión para la juventud* (1757).

Miguel de la Barrera abre el número XVII con un preámbulo que rezuma desconfianza de la profesión médica. Por un lado los médicos que creen resolverlo todo con unas observaciones superficiales. Por otro, los que ostentan títulos y erudición «que se fingen oráculos... resuelven desde el Trípode, poen la *Medicina palpable* (alusión irónica, se supone, al Dr. Miguel Rodríguez)... proponiendo los medios para que se conserve el equilibrio...». El resultado paradójico es que el verdadero médico es el de sí mismo que evita el diagnóstico de los profesores y su nocivo recetar, valiéndose de los remedios caseros. Con igual desenfado introduce el tratado del Dr. Piquer: «La materia más frecuente en que ambos partidos suelen

⁷⁸ *Resurrección del Diario de Madrid, o nuevo Cordón Crítico general de España, dispuesto contra toda suerte de libros, papeles y escritos de contrabando; cogido por su desgracia, el papel de D. Diego Torres sobre los 'Temblores de la tierra', como primer extravío del Cordón, dedicado al Divino Verbo Encarnado nuestro Señor Jesu-Cristo; escrito por Alvaro Luazare, D. Pedro Pablo Romero y D. Raimundo Antonio Landabore* (Madrid, 1748).

Aduana crítica donde se han de registrar todas las piezas literarias, cuyo despacho se solicita en esta Corte. Hebdomadario de los Sobios de España; su autor D. J. Miguel Flores de la Barrera (Madrid, 1763).

Miguel de la Barrera escribe estos números sobre una reimpresión del *Tratado de las calenturas...*, no la de 1751.

hacer alarde de comprensión es la de las calenturas...». Sin embargo, no escatima palabras de alabanza al autor, «sugeto bastante conocido en la República literaria», antes de ofrecer un detallado resumen del libro⁷⁹. Miguel de la Barrera se sitúa en la línea escéptica trazada por Martín Martínez y acentuada por Feijoo, José Rodríguez y otros sin títulos médicos, pero dotados de bastantes conocimientos como para lanzarse a una crítica abierta.

Empieza el número XVIII citando un aserto del Dr. Piquer sobre la etiología de las enfermedades, que es a la vez un reivindicar la medicina de la idea corrosiva que iba cundiendo acerca de sus limitaciones.

Cada una de las enfermedades tiene sus caracteres y propiedades especiales con que se distingue de cualquier otra, y aplicando (el médico) los sentidos a observarlas no puede menos de tener conocimiento *cierto* de cada una... Por eso he creído yo siempre que la Medicina fundada en verdaderas observaciones era *cierta*... y a la incertidumbre que se le atribuye, no la llamo yo incertidumbre de la Medicina, sino de los profesores⁸⁰.

El crítico rebate que no todos adoptarían 'estos axiomas' ni que todas las enfermedades tienen síntomas propios, como por ejemplo no los tiene la «lue venérea que es el Proteo de ellas». Cuando se manifiesta alguna dolencia nueva o rara, el único recurso es la analogía. Y en el caso de complicaciones, las señales se confunden inutilizando los esfuerzos del médico. Pero aunque le fuera asequible a un observador agudo separar certeramente los síntomas, ¿qué importaría si falta «lo más principal, lo más difícil, lo más útil, que es el conocimiento del remedio?»⁸¹. En efecto, la medicina aplicada, vista de cerca, desde la angustia y urgencia de la vida de un hombre, era abrumadoramente escasa de remedios. Nulas en resultado las innumerables, contradictorias observaciones hechas por la mayoría de los médicos, justamente porque muy pocos «se hallan con las disposiciones necesarias para hacerlas debidamente», al decir del Dr. Piquer⁸².

El método científico al que señala insistente en el destacar frases como 'observaciones verdaderas', 'observaciones bien ordenadas', se le escapa al crítico a pesar de sus concienzudas averiguaciones y cotejos a los que somete las citas de Andrés Piquer, en mayoría fragmentos de textos hipocráticos, con los textos mismos. De este cotejo brota otra importante clase de reparos

⁷⁹ *Aduana crítica*, T. II, pág. 325-328.

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 389. Lo subrayado pertenece al texto.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 390-392.

⁸² Andrés Piquer, *Tratado de las calenturas según la observación y el mecanismo* (Valencia, 1751), pág. 69.

que le pone. ¿Cómo se explica que quien tanto ensalza a Hipócrates se aparte de él en tantos casos? ¿Cómo que en otros las observaciones del Dr. Piquer no corresponden a las del 'príncipe' u otros famosos médicos a quienes cita? Hay que ir al *Tratado de las calenturas* para ver si el recensor tenía o no razón en reprocharle esas desviaciones.

Andrés Piquer manifiesta claramente su adherencia al hipocratismo, pero no por cierto de una forma dogmática que habría probado, al contrario, que del hipocratismo no había entendido lo fundamental. Ya en el prólogo dice:

No por eso quiero que se entienda que yo sigo tan inconcusamente a Hipócrates, que en nada me aparto de su dictamen, porque no soy de aquellos que le han tenido por inerrable; pero habiendo puesto cuidado en el ejercicio de mi práctica, en ver si lo que Hipócrates decía, acerca de lo que sucede en las enfermedades estaba bien fundado por la experiencia he conocido que sus observaciones por la mayor parte se conforman con lo que muestra la naturaleza. Sé yo bien que no todos los libros, que andan en nombre de H. son de este excelente médico...

Estas palabras habrían debido modificar algo la crítica de Miguel de la Barrera. Por si no bastara. en el capítulo VII que trata de las crisis en las enfermedades agudas, Andrés Piquer reprende a Feijoo por haberse arrojado a un juicio apresurado y ofensivo contra Hipócrates sin haber leído sus obras «del modo que es menester para impugnarlas» al igual que ocurre con muchos contrincantes del Padre Feijoo, que sin penetrar su razonamiento le censuran alguna «palabrilla o una cláusula». Además, añade, hay que saber distinguir sus escritos en los de práctica y en los de teoría, para entender por qué le siguen tantos médicos. Las máximas en los libros de práctica

por lo común son ciertas, como que están fundadas en observaciones sólidas, y bien ordenadas; pero las que hay en los otros libros son dudosas, y algunas de ellas falsas, porque entonces escribe como filósofo... Siendo pues cierto que la medicina no puede adelantarse por otro camino, que el de la verdadera observación, según confiesa y repite en varios lugares el Padre Feijoo... ⁸³.

Así que declararse hipocrático no significa encerrarse en lo ya hecho, sino en comprobarlo y en proceder a ulteriores observaciones, imitando el espíritu analítico y el método de observación científica que rigen en algunos escritos hipocráticos.

⁸³ Ibid., pág. 136-137. Se refiere A. Piquer al Dis. 10 del T. II del *Teatro crítico universal*...

En efecto hay momentos en la crítica de Miguel de la Barrera, en los que él capta muy bien esta actitud científica en Andrés Piquer:

No debe seguirse siempre a H. si lo resiste una observación bien ejecutada; por eso debe aplaudirse en nuestro Autor, que tal vez desampare su doctrina, si va guiado de una experiencia reiterada y segura⁸⁴.

Para ese período el *Tratado de las calenturas* significaba un adelanto en cuanto a clasificación y semiótica de las fiebres, que dividían en sinocales, pútridas y hécticas⁸⁵. Era una síntesis de lecturas bien asimiladas y observaciones propias, como lo muestra este pasaje:

La experiencia está mostrando cada día que los que habitan cerca de balsas o lagos, donde las aguas están corrompidas, padecen de muchas tercianas. De esto tenemos un triste ejemplo en este reino de Valencia, en los pueblos que hay junto a las riberas del Júcar... También se observa que se padecen muchas calenturas de esta especie aquellos años en que dura por mucho tiempo la constitución de aire húmeda con calor, como suele suceder cuando reinan mucho los vientos australes o del mediodía⁸⁶.

Su aportación, es cierto, no hacía sino corroborar con exactas descripciones de los síntomas de las distintas fiebres maláricas, lo que se intuía desde la antigüedad, a saber que esa clase de calenturas se debía a los malos aires de las zonas pantanosas. Es fútil destacar que todo el esfuerzo por explicar cómo ese mal aire penetraba en el cuerpo humano y cómo lo afectaba, nos parece un desesperado tanteo en la oscuridad. Aun más si se piensa que incluso los más aptos y perceptivos entre los médicos, como el mismo A. Piquer, empezaron a sentir una regresiva desconfianza hacia la investigación microscópica, la única que le habría acercado a la verdadera causa de esas fiebres desconcertantes, de esas y de todas las demás⁸⁷.

Miguel de la Barrera partiendo de una coherente postura escéptica no le admite ninguna explicación especulativa:

Aquel veneno especial, que va en el aire, y produce las fiebres malignas; aquella cosa divina, que según Hipócrates, obliga a los médicos a separarse de las máximas generales, y según el Dr. Piquer, consiste en la especial

⁸⁴ *Aduana crítica*, pág. 423.

⁸⁵ «Las fuertes calenturas que anteceden a la erisipela, a las viruelas, al sarampión, y otras erupciones cutáneas, todas son calenturas sinocales...» *Tratado de las calenturas*, pág. 100. 'Pútridas' eran las fiebres maláricas; 'hécticas', las de la tisis.

⁸⁶ *Tratado de las calenturas*, pág. 238.

⁸⁷ M.^a Luz Terrada Ferrandis, «La anatomía microscópica en España (siglo XVII y XVIII)», op. cit., pág. 43-45.

constitución de este elemento; aquella naturaleza inaveriguable de las exhalaciones que contiene; y aquel cierto modo con que la bilis, y la pituita obran en las semitercianas no nos comunican ideas más claras, ni sensibles, ni nos proveen de conocimientos más útiles que las especulaciones imaginarias de los sistemáticos, y las cualidades ocultas de los peripatéticos... pero parece más propio de un filósofo desengañado aquel noble candor con que el Dr. Piquer, imitando a Vanswieten y Sidenham confiesa abiertamente no sabe en qué consiste el tipo tercianario... ⁸⁸.

* * *

Las señales de la controversia sobre el uso medicinal del agua aparecen muy claras en autor y recensor. Aunque ambos concuerden en la idea general de la simplificación de los medicamentos, no se avienen en las propiedades del más natural de ellos. El crítico agiliza todo el léxico al uso, para decantar el poder curativo del agua en un esfuerzo de contrarrestar el tajante juicio del Dr. Piquer de «que si la dieta aquea no merece el nombre de remedio, será de aquellos cuyo uso es tan peligroso como los mayores males» ⁸⁹.

En el breve trance de su actuación la *Aduana crítica* sigue la norma rectora del buen gusto dedicando el último párrafo de la recensión al estilo del tratado, al que juzga «bastante fluido y perceptible», a pesar de ciertos rasgos lingüísticos particulares de Valencia. Al contrario, la limpieza y corrección del estilo son casi intachables en la *Aplicación de la filosofía a los asuntos de Religión para la juventud*, pero los reparos son de otra índole.

Encuentra que la acumulación de autoridades latinas a las que cita ampliamente y traduce, es pesada y superflua: «La lección basta, y su conato por insinuarse le hacen incurrir en esta repetición molesta». Además, añade, de los cuarenta textos latinos que aporta como prueba de que los Padres de la Iglesia se apoyaban en el procedimiento ecléctico, sólo unos cuantos son válidos,

pues de que tantos Padres griegos y latinos declamasen contra la *inconstancia, vanidad, ridiculez...* de los dogmas de la filosofía, no se infiere que adoptaron la ecléctica, sino que miraban con tanto horror tan peligroso estudio ⁹⁰.

⁸⁸ *Aduana crítica*, pág. 398.

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 422.

⁹⁰ *Ibid.*, T. III, número XXII, pág. 160-162. Lo subrayado pertenece al texto.

Quizás el reparo más grave sea el de que remita a los lectores a la *Historia crítica de Juan Jacobo Brucher* (1696-1770), para que averigüen sus afirmaciones, cuando tal obra era limitada «a los que tuviesen licencia del Santo Tribunal...»⁹¹. La crítica es bastante grave si se considera que el doble propósito del Dr. Piquer en el escribir este ensayo era el de defender el estudio de las ciencias naturales y proteger la pureza de la religión mediante el sabio y selectivo estudio de los filósofos antiguos y modernos. El argumento con el que sostiene esta meta es consecuente con su pensamiento analítico y razonador. Para refutar a quienes atacan la religión católica y para defender su pureza hay que «entender a los herejes sus sistemas, sus sofismas... y la filosofía ecléctica junto con la teología es admirable para rechazarlos»⁹². Pero, y esta observación es mía, al intentar distinguir los procedimientos selectivos que empleaban los Padres de la Iglesia en la lectura de los filósofos paganos, según trataban de filosofía o de teología, no logra persuadir que hubiese tal diferencia. Lo que entiende el lector es que en ambos casos se valieron de los filósofos paganos; con cuidado, eso sí.

Cuando se miran como puros filósofos hallamos, que sin atarse a ninguna determinada secta de filósofos Gentiles, se inclinaron a una más que a otra, según les pareció más verosímil; pero en las cosas teológicas anduvieron con mucho cuidado en no determinarse a secta ninguna, sino entresacar de todas ellas aquellas verdades que hallaron más a propósito para conformarlas con las de la Religión, y hacer en lo posible más comprensibles los dogmas de la Iglesia⁹³.

Debió de escribir este discurso apresuradamente, llevado por unas circunstancias que le impelían a defender la libertad en el filosofar o sea en el asimilar ideas y adelantos, siempre que no tocaran el dogma. Quizás su designio de apurar el potencial de los escritos patrísticos le haya llevado a ese testimonio tan rarefacto que no da en el blanco. ¿Tenía el aduanista una motivación ulterior al revisar este trabajo de Andrés Piquer? Es cierto que la crítica va enfocada a la forma poco convincente de organizar la materia, pero dada la índole de ésta, el análisis hurga en el conflicto siempre penoso, por irreconciliable, entre el afán de conocimiento —con todo lo que esto implica en términos de flexibilidad intelectual— y la cortapisa del Santo Oficio.

⁹¹ Ibid., pág. 162-163.

⁹² Andrés Piquer, «Discurso sobre la aplicación de la filosofía a los asuntos de la Religión para la juventud» en el *Semanario erudito*, op. cit., T. 23, pág. 90.

⁹³ Ibid., pág. 30.

Conclusión

Las páginas que anteceden deberían justificar la razón de esta pesquisa en el *Diario de los literatos*, cuyos siete tomos, con la excepción del VI, dedican largas páginas a las reseñas de tratados médicos o de carácter científico. Limitarme a las reseñas sin entrar en el contenido del material reseñado y en el de algunas obras contemporáneas habría significado quedarme en la superficie de un hito vital del dieciocho español. Resulta evidente también que no habría podido dar un paso sin apoyarme en los trabajos de los historiadores de la medicina de ese período, en cuyos escritos, sin embargo, echaba de menos un comentario siquiera sobre el *Diario*...

Universidad de la British Columbia

MARÍA GIOVANNA TOMSICH